

## Domingo XXXII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO** – Audiencia general (24.IV.2013) – Homilía en Santa Marta (7.VI.2016)
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2011
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamezza.org](http://www.cantalamezza.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
  - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
  - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **P. Ramón LOYOLA Paternina** (Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### DEL MISAL MENSUAL

#### LA VERDADERA SABIDURÍA

Sab 6, 12-16; 1 Tes 4, 13-18; Mt 25, 1-13

La breve composición sobre la sabiduría refleja una visión optimista de la misma. En primer lugar, nos dice que cuantos la busquen y la amen conseguirán encontrarla. Más aún, el autor que compone este fragmento la personifica al presentarla como alguien que sale al encuentro de cuantos madrugan a buscarla. No se piense que cualquiera puede encontrarla, por eso mismo nos dice que se entrega solamente a las que la merecen. De hecho, y para ilustrar en cierta medida lo anterior, el Evangelio de san Mateo nos señala que cinco muchachas son sensatas y cinco son necias. De manera que la sabiduría sí se ofrece a todo mundo, pero solamente quien la sepa aquilatar y apreciar se pondrá a buscarla. Cumplida esta condición (ser un buscador de la sabiduría) podremos encontrar y recibir la sabiduría. Para el autor del evangelio no queda duda: Jesús es la sabiduría del Padre.

**ANTÍFONA DE ENTRADA** Cfr. Sal 87, 3

*Que llegue hasta ti mi súplica, Señor, inclina tu oído a mi clamor.*

**ORACIÓN COLECTA**

Dios omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros todos los males, para que, con el alma y el cuerpo bien dispuestos, podamos con libertad de espíritu cumplir lo que es de tu agrado. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*Encuentran la sabiduría aquellos que la buscan.*

**Del libro de la Sabiduría: 6, 12-16**

**R**adiante e incorruptible es la sabiduría; con facilidad la contemplan quienes la aman y ella se deja encontrar por quienes la buscan y se anticipa a darse a conocer a los que la desean.

El que madruga por ella no se fatigará, porque la hallará sentada a su puerta. Darle la primacía en los pensamientos es prudencia consumada; quien por ella se desvela pronto se verá libre de preocupaciones.

A los que son dignos de ella, ella misma sale a buscarlos por los caminos; se les aparece benévola y colabora con ellos en todos sus proyectos.

**Palabra de Dios.**

### **SALMO RESPONSORIAL**

*Del salmo 62, 2. 3-4. 5-6. 7-8.*

**R/. Señor, mi alma tiene sed de ti.**

Señor, tú eres mi Dios, a ti te busco; de ti sedienta está mi alma. Señor, todo mi ser te añora como el suelo reseco añora el agua. **R/.**

Para admirar tu gloria y tu poder, con este afán te busco en tu santuario. Pues mejor es tu amor que la existencia; siempre, Señor, te alabarán mis labios. **R/.**

Podré así bendecirte mientras viva y levantar en oración mis manos. De lo mejor se saciará mi alma. Te alabaré con jubilosos labios. **R/.**

### **SEGUNDA LECTURA**

*A los que mueren en Jesús, Dios los llevará con él.*

**De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 4, 13-18**

**H**ermanos: No queremos que ignoren lo que pasa con los difuntos, para que no vivan tristes, como los que no tienen esperanza. Pues, si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual manera debemos creer que, a los que mueren en Jesús, Dios los llevará con él.

Lo que les decimos, como palabra del Señor, es esto: que nosotros, los que quedemos vivos para cuando venga el Señor, no tendremos ninguna ventaja sobre los que, ya murieron.

Cuando Dios mande que suenen las trompetas, se oirá la voz de un arcángel y el Señor mismo bajará del cielo. Entonces, los que murieron en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los que quedemos vivos, seremos arrebatados, juntamente con ellos entre nubes por el aire, para ir al encuentro del Señor, y así estaremos siempre con él.

Consuélese, pues, unos a otros con estas palabras.

**Palabra de Dios.**

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 24, 42. 44**

**R/. Aleluya, aleluya.**

*Velen y estén preparados, porque no saben a qué hora va a venir el Hijo del hombre. R/.*

**EVANGELIO**

*Ya viene el esposo, salgan a su encuentro.*

**+ Del santo Evangelio según san Mateo: 25, 1-13**

**E**n aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: “El Reino de los cielos es semejante a aquellas diez jóvenes, que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran descuidadas y cinco, previsoras. Las descuidadas llevaron sus lámparas, pero no llevaron aceite para llenarlas de nuevo; las previsoras, en cambio, llevaron cada una un frasco de aceite junto con su lámpara. Como el esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó un grito: ‘ya viene el esposo! ¡Salgan a su encuentro!’. Se levantaron entonces todas aquellas jóvenes y se pusieron a preparar sus lámparas, y las descuidadas dijeron a las previsoras: ‘Dennos un poco de su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando’. Las previsoras les contestaron: ‘No, porque no va a alcanzar para ustedes y para nosotras. Vayan mejor a donde lo venden y cómprenlo’.

Mientras aquéllas iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban listas entraron con él al banquete de bodas y se cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras jóvenes y dijeron: ‘Señor, señor, ábrenos’. Pero él les respondió: ‘Yo les aseguro que no las conozco’. Estén pues, preparados, porque no saben ni el día ni la hora”.

**Palabra del Señor.**

**ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Señor, mira con bondad este sacrificio, y concédenos alcanzar los frutos de la pasión de tu Hijo, que ahora celebramos sacramentalmente. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 22, 1-2**

*El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas.*

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Alimentados con estos sagrados dones, te damos gracias, Señor, e imploramos tu misericordia, para que, por la efusión de tu Espíritu, cuya eficacia celestial recibimos, nos concedas perseverar en la gracia de la verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO**

Cada año, el Diccionario Oxford registra las palabras creadas durante los últimos doce meses, en esta ocasión registró la palabra posverdad (post-truth) para designar las circunstancias en las que “hechos objetivos son menos influyentes en la formación de la opinión pública que la apelación a la emoción y a la creencia personal”. Cada quien va creando “su verdad”, propagando sus creencias y visiones sesgadas de la realidad, como si fueran la verdad objetiva. Esto resulta especialmente riesgoso en el mundo de las redes sociales, donde los rumores se propagan con rapidez y numerosas

personas los dan por válidos. Un académico de Harvard ha escrito que “Facebook se ha convertido en una alcantarilla de desinformación”. Estos pasajes evangélicos acerca de la sabiduría son una invitación para buscar no solamente la información válida y fundamentada sino a saber apropiarnos de información válida, para tomar las mejores decisiones y vivir sensatamente en esta “cultura de la incultura”, que nos bombardea con propagandas y rumores.

---

**BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**La sabiduría busca a los que son dignos (Sb 6,12-16)**

**1ª lectura**

Exaltación de la sabiduría. No es fácil distinguir cuándo el hagiógrafo se refiere a la Sabiduría divina y cuándo a la sabiduría participada por el hombre. Se ensalza el resplandor y la incorruptibilidad de la sabiduría (v. 12). Ésta aparece personificada: «se adelanta a darse a conocer», «sale al encuentro» de los que la anhelan (vv. 13.16); «está sentada» a la puerta de los que «madrugan por ella» (v. 14); quien «vela por ella» se siente seguro (v. 15) y se le «muestra en los caminos» (v. 16), les enseña una conducta perfecta. Aunque es ella quien lleva la iniciativa, requiere que el hombre la desee y ponga los medios para adquirirla.

**La resurrección de los muertos (1 Ts 4,13-18)**

**2ª lectura**

«Los que han muerto» (v. 13). Literalmente, «los que duermen». Esta expresión, que ya utilizaban algunas veces los escritores paganos, fue muy empleada por los primeros cristianos para referirse a los que murieron en la fe de Cristo.

En los escritos cristianos ese modo de expresarse adquiere todo su sentido a causa de la fe en la Resurrección de Jesús, y la certeza de que todos resucitaremos. No es un mero eufemismo, sino un modo de dejar claro que la muerte no es el fin. «¿Por qué se dice que duermen sino porque en su día serán resucitados?» (S. Agustín, *Sermones* 93,6). La certeza de la resurrección es una de las verdades fundamentales de nuestra fe, recogida tanto en el Símbolo de los Apóstoles como en el Credo de Nicea-Constantinopla.

San Pablo da razones para la esperanza ante la Parusía. Habla del encuentro con el Señor en su segunda venida, pero no pretende ahora precisar en qué momento tendrá lugar. Poco después aclara que lo único cierto es que eso sucederá de modo inesperado (cfr 5,1-2). En cualquier caso, el tiempo no es relevante para lo fundamental, que es estar siempre con Cristo. Cuando llegue no tendrá ventaja el que esté vivo sobre los que ya habían muerto, sino los que han llegado al final de su curso terreno «en Cristo» (v. 16).

San Ambrosio explica el pasaje poniéndolo en relación con otros textos del Apóstol: «Todos resucitan, pero nadie pierda la esperanza ni se duela el justo de que todos participen de la resurrección, al esperar una peculiar recompensa por su virtud. Todos, ciertamente, resucitan, pero “cada uno —como dice el Apóstol— en su propio orden” (1 Co 15, 23). La recompensa de la misericordia divina es común, pero distinto el orden de los méritos. El día resplandece para todos, el sol calienta para todos, la lluvia fecunda con abundantes aguaceros las tierras de todos. Todos nacemos, todos resucitamos, pero entre ambas circunstancias el don del vivir y del resucitar es diferente, es diversa la condición... Se nos exhorta a vivir y a ser como Pablo, para poder decir: *Porque los que vivimos no tendremos ventaja alguna sobre los que estén dormidos*. En efecto, no

habla de la manera común de vida y de la acción de respirar, sino del mérito en la resurrección» (*De excessu fratris sui Satyri* 2,92-93).

### **Velad, porque no sabéis el día ni la hora (Mt 25,1-13)**

#### **Evangelio**

La parábola de las vírgenes necias y prudentes es un ejemplo de la llamada a estar vigilantes. El Señor dice con claridad que es una parábola que habla del Reino de los Cielos, y es la única ocasión en que la expresa en futuro (v. 1). Se refiere, por tanto, a los cristianos que han sido llamados a la Iglesia y han respondido a esa llamada. Pero no basta con esperar, también hay que actuar: ***El cristianismo no es camino cómodo: no basta estar en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón*** (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 57).

En la imagen del lector se representa una de aquellas ruidosas y largas bodas orientales (cfr Jn 2,1-11). La novia, con sus parientes y amigas, espera la llegada del novio con su comitiva para ser trasladada a su propia casa. En la alegoría se descubre enseguida que el esposo representa a Jesucristo y las vírgenes a las personas invitadas a la boda, es decir, a la alianza esponsal de Dios con su Iglesia. La enseñanza es clara: no es suficiente con que estemos en la Iglesia, esperando sin más el acontecimiento definitivo; hay que mantener viva la fe y hacer buenas obras: «Vela con el corazón, con la fe, con la esperanza, con la caridad, con las obras (...); prepara las lámparas, cuida de que no se apaguen, aliméntalas con el aceite interior de una recta conciencia; permanece unido al Esposo por el Amor, para que Él te introduzca en la sala del banquete, donde tu lámpara nunca se extinguirá» (S. Agustín, *Sermones* 93,17).

---

### **SAN JUAN CRISÓSTOMO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

#### **Sin obras es imposible salvarse**

1. Esta parábola de las vírgenes y la siguiente de los talentos se asemejan a la anterior del criado fiel y del otro ingrato y consumidor de los bienes de su señor. En conjunto son cuatro las comparaciones que, en términos diferentes, nos dirigen la misma recomendación, es decir, el fervor con que hemos de dar limosna y ayudar al prójimo en todo cuanto podamos, como quiera que de otro modo no es posible salvarse. Pero en la parábola de los criados se habla, de modo más general, de todo género de ayuda que hemos de prestar a nuestro prójimo; a esta de las vírgenes nos encarece el Señor particularmente la limosna, y de modo más enérgico que en la parábola pasada. Porque en ésta castiga al mal siervo aquel que golpea a sus compañeros y se emborracha y dilapida los bienes de su señor; en estotra, al que no aprovecha ni da generosamente de lo suyo a los necesitados. Porque las vírgenes fatuas llevaban, sin duda, aceite; pero no abundante, y por eso son castigadas.

Más ¿por qué motivo nos presenta el Señor esta parábola en la persona de unas vírgenes y no supuso otra cualquiera? Grandes excelencias había dicho sobre la virginidad: *Hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos. Y: El que pueda comprender, que*

*comprenda*<sup>1</sup>. Por otra parte, sabe el Señor que la mayoría de los hombres tienen una alta idea sobre la misma virginidad. Y a la verdad, cosa es por naturaleza grande, como se ve claro por el hecho de que en el Antiguo Testamento no fue practicada por aquellos santos y grandes varones y en el Nuevo no llegó a imponerse por necesidad de ley. En efecto, no la mandó el Señor, sino que dejó libre voluntad de sus oyentes practicarla o no. De ahí que diga también Pablo: *Acerca de las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor*<sup>2</sup>. Alabo ciertamente a quien la guarde, pero no obligo al que no quiera ni hago de ella un mandato. Ahora bien, puesto que tan grande cosa es la virginidad y de tanta gloria goza entre los hombres, porque nadie al practicarla se imaginara haberlo ya hecho todo y anduviera tibio y descuidado en las demás virtudes, pone el Señor esta parábola, que basta para persuadirnos que la virginidad, y aun todos los otros bienes, sin el bien de la limosna, es arrojada entre los fornicadores, y entre éstos pone el Señor al hombre cruel y sin misericordia.

Y ello con mucha razón, pues el uno se dejó vencer del amor de la carne, y el otro del amor del dinero. Y no es igual el amor de la carne que el dinero. El de la carne es más ardiente y más tiránico. De ahí que cuanto el adversario es más débil, menos perdón merecen los derrotados. De ahí también que llame el Señor fatuas a aquellas vírgenes, pues, habiendo pasado el trabajo mayor, lo perdieron todo por el menor. Por lo demás, lámparas llama aquí al carisma mismo de la virginidad, a la pureza de la castidad, y aceite, a la misericordia, a la limosna, a la ayuda de los necesitados.

*Como tardara, pues, el esposo, dormitaron todas y se durmieron.* Aquí da nuevamente a entender el Señor que no había de ser breve el tiempo intermedio, disuadiendo así a sus discípulos a que no esperaran la inmediata aparición del reino de Dios. En realidad, eso es lo que ellos esperaban, por lo que constantemente está el Señor quitándoles tal esperanza. Después de eso pone de manifiesto que la muerte es un sueño. Porque *se durmieron —dice—. Pero hacia la media noche se oyó un grito...* Aquí, o es que el Señor quería seguir el hilo de la parábola, o nuevamente nos significa que la resurrección había de ser durante la noche. Del grito también hace mención Pablo cuando dice: *A una voz de mando, a la voz del arcángel, con la última trompeta, bajará del cielo*<sup>3</sup>. —¿Y qué significan las trompetas? ¿Y qué dice el grito? — ¡*El esposo viene!*

Ya, pues, que las vírgenes apercibieron sus lámparas, *las fatuas les dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite.* De nuevo las llama el Señor fatuas, con lo que nos da a entender que no hay fatuidad mayor que la de quienes se dedican a hacer dinero en la tierra y se van desnudos al otro mundo, donde más necesidad tendremos de caridad y misericordia. Y no son sólo por eso fatuas, sino porque se imaginaron que de allí iban a recibir aceite, y lo buscaron fuera de tiempo. Realmente, nadie más compasivo que las vírgenes prudentes, como que ello era su más señalada gloria. Por otra parte, tampoco las fatuas les piden todo su aceite: *Dadnos —les dicen— de vuestro aceite.* Y les manifiestan juntamente su necesidad: *Porque se nos apagan las lámparas.* Y ni aun así consiguieron nada. Ni la compasión de las rogadas, ni lo fácil del ruego que se les hacía, ni el premio de la necesidad fueron parte para que aquellas pobres fatuas logaran un poco de aceite.

¿Qué lección sacamos de ahí? Que en el otro mundo, a quienes sus propias obras falten, nadie los podrá socorrer, no porque no quiera, sino por ser imposible. Las vírgenes fatuas, a la verdad, se refugian en lo imposible. Esto puso también de manifiesto el bienaventurado Abrahán cuando dijo: *Un gran abismo se abre entre vosotros y nosotros, de modo que ni aun los que quieren, pueden atravesarlo. Marchad más bien a los que venden y compradlo.* ¿Y quiénes son los que lo venden?

---

<sup>1</sup> 1 Co 7, 25.

<sup>2</sup> 1 Ts 4, 16.

<sup>3</sup> Lc 16, 26.

Los pobres. ¿Y dónde están éstos? En la tierra, y en la tierra había que buscar el aceite, y no en aquel momento.

2. Mirad cómo con los pobres podemos hacer nuestro negocio. Si los quitáramos del mundo, habríamos suprimido una grande esperanza de salvación. Por eso, aquí, cuando el tiempo nos invita a ello, aquí es donde debemos recoger el aceite, porque allí nos aproveche. No aquél, sino éste, es el tiempo de la recolección. No consumáis, pues, vanamente vuestros bienes en placeres y ostentación, pues mucha necesidad tendréis allí de aceite. Oyendo las fatuas aquello, se fueron a comprar, pero no compraron nada. Esto lo pone el Señor, o por seguir la parábola y terminar su trama, o para darnos a entender que, aun cuando después de la muerte nos volvamos misericordiosos, de nada nos aprovechará ya esa misericordia para escapar al castigo. Consiguientemente, tampoco a las vírgenes fatuas les valió para nada su tardío fervor, pues aquí y no allí tenían que haber acudido a los vendedores. Como de nada tampoco le valió al otro rico haberse vuelto tan compasivo, que se preocupaba en el infierno por sus familiares. Porque el que había pasado de largo sin mirar al pobre Lázaro tendido junto a su puerta, ése es el que ahora tiene tanta prisa por librar a sus hermanos del infierno, a quienes ya ni veía, y suplica se les mande alguno que les anuncie lo que allí pasaba. Sin embargo, ni el rico ni las vírgenes consiguieron nada.

Porque, apenas oída la respuesta, se marcharon, *vino el esposo, y las que estaban apercebidas entraron, y las otras se quedaron fuera*. Después de tantos trabajos, después de tantos sudores, después de aquella insoportable lucha y de los trofeos levantados contra la naturaleza rabiosa, las vírgenes fatuas hubieron de retirarse avergonzadas, con sus lámparas apagadas y la cabeza baja. Nada hay, en efecto, más lúgubre que la virginidad si no va acompañada de la limosna. Así, el vulgo suele llamar sombríos a los inmisericordes. ¿Dónde está, pues, el orgullo de la virginidad, si no vieron al esposo ni, llamando a la puerta, lograron se les abriera, sino que oyeron la terrible palabra: *Idos, no os conozco?*

Ahora bien, cuando el Señor dice eso, ya no queda otra cosa que el infierno y el suplicio insoportable, o, más bien, esa palabra misma es más dura que el mismo infierno. Es la palabra que había dicho a los obradores de iniquidad. *Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora*. Mirad cómo pone constantemente el mismo epílogo, dándonos a entender cuán provechosa nos es la ignorancia de nuestra salida del mundo. ¿Dónde están, pues, ahora esos que se pasan la vida entera en la tibieza y, cuando nosotros les reprendemos, nos replican: En la hora de mi muerte dejaré para los pobres? Escuchen esas palabras del Señor y corrijanse. A la verdad, muchos se vieron burlados en aquel momento, arrebatados que fueron repentinamente, sin dárselos tiempo a mirar por los mismos que hubieran querido.

**(Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 78, 1-2, BAC Madrid 1956 (II), p. 550-55)**

---

**FRANCISCO – Audiencia general (24.IV.2013) – Homilía en Santa Marta (7.VI.2016)**

**AUDIENCIA GENERAL del 24 de abril de 2013**

**La vida de los cristianos dormidos es una vida triste, no es una vida feliz.**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En el Credo profesamos que Jesús “de nuevo vendrá en la gloria para juzgar a vivos y muertos”. La historia humana comienza con la creación del hombre y la mujer a imagen y semejanza de Dios y concluye con el juicio final de Cristo. A menudo se olvidan estos dos polos de la historia, y sobre todo la fe en el retorno de Cristo y en el juicio final a veces no es tan clara y firme en el



corazón de los cristianos. Jesús, durante la vida pública, se detuvo frecuentemente en la realidad de su última venida. Hoy desearía reflexionar sobre tres textos evangélicos que nos ayudan a entrar en este misterio: el de las diez vírgenes, el de los talentos y el del juicio final. Los tres forman parte del discurso de Jesús sobre el final de los tiempos, en el Evangelio de san Mateo.

Ante todo, recordemos que, con la Ascensión, el Hijo de Dios llevó junto al Padre nuestra humanidad que Él asumió y quiere atraer a todos hacia sí, llamar a todo el mundo para que sea acogido entre los brazos abiertos de Dios, para que, al final de la historia, toda la realidad sea entregada al Padre. Pero existe este “tiempo inmediato” entre la primera venida de Cristo y la última, que es precisamente el tiempo que estamos viviendo. En este contexto del “tiempo inmediato” se sitúa la parábola de las diez vírgenes (cf. Mt 25, 1-13). Se trata de diez jóvenes que esperan la llegada del Esposo, pero él tarda y ellas se duermen. Ante el anuncio improvisado de que el Esposo está llegando todas se preparan a recibirle, pero mientras cinco de ellas, prudentes, tienen aceite para alimentar sus lámparas; las otras, necias, se quedan con las lámparas apagadas porque no tienen aceite; y mientras lo buscan, llega el Esposo y las vírgenes necias encuentran cerrada la puerta que introduce en la fiesta nupcial. Llamen con insistencia, pero ya es demasiado tarde; el Esposo responde: no os conozco. El Esposo es el Señor y el tiempo de espera de su llegada es el tiempo que Él nos da, a todos nosotros, con misericordia y paciencia, antes de su venida final; es un tiempo de vigilancia; tiempo en el que debemos tener encendidas las lámparas de la fe, de la esperanza y de la caridad; tiempo de tener abierto el corazón al bien, a la belleza y a la verdad; tiempo para vivir según Dios, pues no sabemos ni el día ni la hora del retorno de Cristo. Lo que se nos pide es que estemos preparados al encuentro –preparados para un encuentro, un encuentro bello, el encuentro con Jesús–, que significa saber ver los signos de su presencia, tener viva nuestra fe, con la oración, con los Sacramentos, estar vigilantes para no adormecernos, para no olvidarnos de Dios. La vida de los cristianos dormidos es una vida triste, no es una vida feliz. El cristiano debe ser feliz, la alegría de Jesús. ¡No nos durmamos!

\*\*\*

### **Homilía en Santa Marta, 7 de junio de 2016**

#### **El aceite del cristiano es la oración**

Si el cristiano cede a la tentación de la «espiritualidad del espejo», no alimenta su luz con la «batería de la oración» y se mira «sólo a sí mismo» sin entregarse a los demás, se debilita su vocación y se convierte en una lámpara que no ilumina y en sal que no da sabor. Lo recordó el Papa Francisco que, en la misa celebrada el martes 7 de junio en Santa Marta, tomó de la liturgia la célebre comparación evangélica destacando la eficacia del lenguaje de Jesús que «siempre habla a los suyos con palabras fáciles» a fin de que «todos puedan comprender el mensaje». En el pasaje de Mateo (Mt 5, 13-16), puso de relieve el Pontífice, se encuentra, en efecto, «una definición de los cristianos: el cristiano debe ser sal y luz. La sal da sabor, conserva, y la luz ilumina». Un ejemplo que invita a la acción, ya que «la luz no fue hecha para estar oculta, porque escondida ni siquiera se conserva: se apaga» y «tampoco la sal es un objeto de museo o de armario, de cocina, porque al final se arruina con la humedad y pierde su fuerza, su sabor».

Pero, se preguntó el Papa, «¿cómo hacemos para evitar que la luz y la sal pierdan sus características?», es decir, «¿cómo se hace para evitar que el cristiano deje de ser tal, sea débil, se debilite precisamente su vocación?». Una respuesta se puede encontrar en otra parábola, la «de las diez vírgenes (Mt 25, 2): cinco necias y cinco prudentes». La prudencia y la necedad, explicó Francisco, viene del hecho «que algunas habían llevado consigo el aceite, para que no faltase»



mientras que las otras, «jugueteadando con la luz», se «olvidaron» y su luz acabó apagándose. Por lo demás, añadió el Papa con un ejemplo más actual, «también la lámpara, cuando comienza a debilitarse, nos dice que tenemos que recargar la batería».

La conclusión es, por lo tanto, la misma: «¿Cuál es el aceite del cristiano? ¿Cuál es la batería del cristiano para producir la luz? Sencillamente la oración». Al respecto, el Pontífice quiso profundizar: «Tú puedes hacer muchas cosas, muchas obras, incluso obras de misericordia, puedes hacer muchas cosas grandes por la Iglesia -una universidad católica, un colegio, un hospital...-, e incluso te harán un monumento de bienhechor de la Iglesia», pero «si no rezas» todo esto no aportará luz. «Cuántas obras -dijo- se convierten en algo oscuro, por falta de luz, por falta de oración». Y por oración, explicó el Papa, se entiende «la oración de adoración al Padre, de alabanza a la Trinidad, la oración de acción de gracias, también la oración con la que se piden cosas al Señor», pero siempre una «oración del corazón». Es precisamente ese «el aceite, esa es la batería, que da vida a la luz».

---

## **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**

### **Mantener encendida la lámpara del amor**

*¡Queridos hermanos y hermanas!*

Las lecturas bíblicas de la liturgia dominical de hoy nos invitan a prolongar la reflexión sobre la vida eterna, iniciada con motivo de la conmemoración de todos los fieles difuntos. Sobre este punto, es neta la diferencia entre quien cree y quien no cree, o, se podría igualmente decir, entre quien espera y quien no espera. San Pablo escribe a los tesalonicenses: “No queremos dejaros en la ignorancia sobre aquellos que murieron, para que no estéis tristes como quienes no tienen esperanza” (1 Ts 4,13). La fe en la muerte y la resurrección de Jesucristo marca, también en este campo, un antes y un después decisivo. También san Pablo recuerda a los cristianos de Éfeso que, antes de acoger la Buena Noticia, estaban “en el mundo sin esperanza y sin Dios” (Ef 2,12). De hecho, la religión de los griegos, los cultos y los mitos paganos, no podían iluminar el misterio de la muerte, tanto que una antigua inscripción decía: “*In nihil ab nihilo quam cito recidimus*”, que significa: “¡Qué pronto recaemos de la nada a la nada!”. Si quitamos a Dios, si quitamos a Cristo, el mundo recae en el vacío y en la oscuridad. Y esto encuentra eco también en las expresiones del nihilismo contemporáneo, un nihilismo a menudo inconsciente que contagia lamentablemente a muchos jóvenes.

El Evangelio de hoy es una célebre palabra, que habla de diez jóvenes invitadas a una fiesta de bodas, símbolo del Reino de los cielos, de la vida eterna (Mt 25,1-13). Es una imagen feliz, con la que sin embargo Jesús enseña una verdad que nos hace cuestionarnos; de hecho, de aquellas diez chicas: cinco entran en la fiesta, porque, a la llegada del esposo, tienen aceite para encender sus lámparas; mientras que las otras cinco se quedan fuera, porque, tontas, no han llevado aceite. ¿Qué representa este ‘aceite’, indispensable para ser admitidos al banquete nupcial? San Agustín (cfr *Discursos* 93, 4) y otros autores antiguos leen en él un símbolo del amor, que no se puede comprar, pero se recibe como regalo, se conserva en la intimidad y se practica en las obras. Verdadera sabiduría es aprovechar la vida mortal para realizar obras de misericordia, porque, tras la muerte, eso ya no será posible. Cuando nos despierten para el juicio final, este se basará en el amor practicado en la vida terrena (cfr Mt 25,31-46). Y este amor es don de Cristo, infundido en nosotros por el Espíritu Santo. Quien cree en Dios-Amor lleva en sí una esperanza invencible, como una lámpara con la que atravesar la noche más allá de la muerte, y llegar a la gran fiesta de la vida.

A María, *Sedes Sapientiae*, pidamos que nos enseñe la verdadera sabiduría, la que se ha hecho carne en Jesús. Él es el Camino que conduce de esta vida a Dios, al Eterno. Él nos ha hecho

conocer el rostro del Padre, y así nos ha donado una esperanza plena de amor. Por esto, la Iglesia dirige estas palabras a la Madre del Señor: *Vita, dulcedo, et spes nostra*. Aprendamos de ella a vivir y morir en la esperanza que no defrauda.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **Estamos esperando que todo le sea sometido**

**671.** El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado “con gran poder y gloria” (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y “mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios” (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: “Ven, Señor Jesús” (cf. 1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

**672.** Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf. Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la “tristeza” (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

#### **Los justos vivirán para siempre con Cristo resucitado**

##### **Artículo 11. “CREO EN LA RESURRECCION DE LA CARNE”**

**988.** El Credo cristiano –profesión de nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en su acción creadora, salvadora y santificadora– culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, y en la vida eterna.

**989.** Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que El los resucitará en el último día (cf. Jn 6, 39-40). Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Santísima Trinidad:

*Si el Espíritu de Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros* (Rm 8, 11; cf. 1 Ts 4, 14; 1 Co 6, 14; 2 Co 4, 14; Flp 3, 10-11).

**990.** El término “carne” designa al hombre en su condición de debilidad y de mortalidad (cf. Gn 6, 3; Sal 56, 5; Is 40, 6). La “resurrección de la carne” significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros “cuerpos mortales” (Rm 8, 11) volverán a tener vida.

**991.** Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe cristiana. “La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella” (Tertuliano, res. 1.1):

*¿Cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe... ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron (1 Co 15, 12-14. 20).*

### **Velamos habitualmente para el retorno del Señor**

**1036.** Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un llamamiento apremiante a la conversión: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran” (Mt 7, 13-14):

*Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra, mereceremos entrar con él en la boda y ser contados entre los santos y no nos mandarán ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde ‘habrá llanto y rechinar de dientes’ (LG 48).*

**2612.** En Jesús “el Reino de Dios está próximo”, llama a la conversión y a la fe, pero también a la vigilancia. En la oración, el discípulo espera atento a aquél que “es y que viene”, en el recuerdo de su primera venida en la humildad de la carne, y en la esperanza de su segundo advenimiento en la gloria (cf Mc 13; Lc 21, 34-36). En comunión con su Maestro, la oración de los discípulos es un combate, y velando en la oración es como no se cae en la tentación (cf Lc 22, 40. 46).

---

## **RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Uno ha muerto por todos**

Estamos en los últimos días del año litúrgico y la Iglesia nos invita a volver la mirada hacia adelante, hacia las realidades últimas. Pablo, en la segunda lectura, explica a los Tesalonicenses cuál debe ser la actitud del cristiano frente a la muerte, y Jesús, en el Evangelio, dice cómo se debe vivir en su espera:

«Velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Es verdad que el trasfondo de la parábola de las diez vírgenes no es la muerte sino el retorno del Señor. Las dos cosas no obstante coinciden en la práctica para cada creyente. Reflexionemos, por lo tanto, sobre el tema de la muerte, que está algo en este mes de noviembre en el pensamiento de todos. A los cristianos, angustiados por la muerte de algún ser querido, el Apóstol escribe:

«Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él... Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras».

¿Qué tiene, pues, que decirnos la fe cristiana sobre la muerte? Una cosa sencilla y grandiosa: que la muerte existe, que es el más grande de nuestros problemas...; pero, que ¡Cristo ha vencido a la

muerte! La muerte humana no es ya la misma de antes, un hecho decisivo ha intervenido. Ha perdido su aguijón, como una serpiente cuyo veneno es ahora sólo capaz de adormecer a la víctima durante algunas horas; pero, no de matarla.

«La muerte ha sido vencida por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Corintios 15, 54-55).

Pero, Jesús ¿cómo ha vencido a la muerte? No evitándola o arrojándola detrás como a un enemigo a disgregar. La ha vencido sufriendola, gustando en sí toda su amargura. La ha vencido desde el interior y no desde el exterior. Cristo, en su vida terrena ha «ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte» (Hebreos 5, 7). No tenemos, en verdad, un sumo sacerdote, que no sepa padecer con nosotros nuestro miedo a la muerte. ¡Él sabe bien qué es la muerte! Tres veces se lee en los Evangelios que Jesús lloró y, de éstas, dos fueron ante la pena por un muerto. En Getsemaní, Jesús ha vivido hasta el fondo nuestra experiencia humana frente a la muerte. «Comenzó a sentir pavor y angustia», dicen los Evangelios (Marcos 14,33).

Jesús no se ha introducido en la muerte como quien sabe guardarse un as en la manga, la resurrección, que tirará fuera en el momento justo. El grito sobre la cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mateo 27,46) indica que Jesús se ha adentrado en la muerte como nosotros, como se cruza el umbral en la oscuridad y no se ve qué le espera más allá. Sólo lo sostenía una increíble confianza en el Padre, que le hizo exclamar: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23,46).

Pero ¿qué ha sucedido, traspasado aquel umbral en la oscuridad? Aquel hombre, Jesucristo, escondía dentro de sí al Verbo de Dios, que no puede morir. La muerte ha tenido destrozados sus dientes o sus mordeduras para siempre. No ha podido «digerir» a Cristo y ha debido restituirle a la vida, como hizo la ballena con Jonás (cfr. Mateo 12,40).

La muerte ya no es un muro ante el que todo se quebranta; es un paso, esto es, una Pascua. Es una especie de «puente de los suspiros», a través del cual se entra en la verdadera vida, que ya no conoce la muerte. En efecto, Jesús, y aquí está el gran anuncio cristiano, no ha muerto sólo para sí mismo; no nos ha dejado sólo un ejemplo de muerte heroica, como la de Sócrates. Ha hecho algo bien distinto:

«Uno murió por todos» (2 Corintios 5,14).

«Gustó la muerte para bien de todos» (Hebreos 2,9).

A fin de que nosotros pertenezcamos, ahora, a Cristo mucho más que a nosotros mismos (cfr. 1 Corintios 6, 19s.), consiguió que, inversamente, lo que es de Cristo nos pertenezca mucho más de lo que es nuestro. Su muerte ya es más nuestra que nuestra misma muerte. «El mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro; y vosotros, de Cristo», dice incluso san Pablo (cfr. 1 Corintios 3, 22 s.). La muerte es nuestra, más de cuanto seamos nosotros de la muerte; nos pertenece, más de cuanto nosotros pertenezcamos a ella. En Cristo, nosotros hemos vencido también a la muerte.

Cuando se trata de la muerte en el cristianismo, lo más importante no es el hecho de que nosotros tengamos que morir sino el hecho de que Cristo ha muerto. El cristianismo no se hace camino en las conciencias con el miedo a la muerte; se hace camino con la muerte de Cristo. Jesús ha venido a liberar a los hombres del miedo a la muerte, no para acrecentarlo. El Hijo de Dios ha tomado la carne y la sangre como nosotros «para reducir a la impotencia mediante su muerte al que

tenía el dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hebreos 2, 14-15).

Quizás, lo que más asusta de la muerte es la soledad con que debemos afrontarla. «Nadie puede morir por otro sino que cada uno deberá luchar personalmente con la muerte». Pero, esto no es ya del todo verdadero. «Si hemos muerto con él, también viviremos con él» (2 Timoteo 2,11). Por lo tanto, ¡es posible morir como dos!

Aquí se descubre desde el punto de vista cristiano qué es verdaderamente grave en la eutanasia. Le quita a la muerte del hombre su unión con la muerte de Cristo; la despoja de su carácter pascual; la lleva hacia atrás, a lo que era antes de Cristo. La desata de la sobrenatural gravitación en torno a su centro. La muerte está privada de su austera majestad, llegando a ser obra del hombre, decisión de una libertad finita o acabada. Está literalmente «profanada», esto es, despojada de su carácter sagrado. La discusión en torno a la eutanasia se concentra, las más de las veces, casi exclusivamente en el problema de su licitud o ilicitud desde el punto de vista ético. Un creyente no puede dejar de permanecer aterrorizado por lo que ella significa en el plano de la revelación y de la gracia.

La humanidad ha probado a oponerle a la muerte varios «remedios». Pero, el único remedio verdadero es participar en la victoria de Cristo sobre la muerte. Para preavisarnos contra la muerte, ahora no debemos hacer otra cosa que abrazarnos a él. Anclarse en Cristo, mediante la fe, como se vara una barca en el fondo marino, para que pueda resistir en la marea, que está a punto de surgir.

Alguna vez se inculcaban muchos medios para «prepararse» a la muerte. El principal era pensar frecuentemente en ella y representársela en las particularidades más caprichosas. Pero, lo importante no es tanto tener ante la vista nuestra muerte, cuanto la muerte de Cristo; no la calavera sino el crucifijo. El grado de unión con él será el grado de nuestra seguridad ante la muerte. Debemos actuar de modo que la unión con Cristo sea más fuerte que la de las cosas, del despacho, de las personas queridas, de todo, de manera que nada tenga el poder de entretenernos, cuando llegue «el momento de soltar las velas» (2 Timoteo 4, 3).

Francisco de Asís, que había realizado en un grado perfecto esta unión con Cristo, estando cercano a la muerte, añadió una estrofa a su Cántico de las criaturas: «Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal, de la que ningún hombre viviente puede escapar», y cuando le anunciaron que ya estaba próximo al final, exclamó: «¡Venga bien mi hermana muerte!» La muerte ha cambiado de rostro: ha llegado a ser una hermana.

Después de la última guerra, fue publicado un libro, titulado *Últimas cartas desde Stalingrado*. Eran cartas de soldados alemanes, prisioneros durante el saco de Stalingrado, expedidas antes del ataque final del ejército ruso en el último convoy, en el que todos perecieron, y encontradas una vez terminada la guerra: «No tengo miedo a la muerte. ¡Mi fe me da esta hermosa seguridad!»

Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones: estas disposiciones no se improvisan. Es necesario vivir de tal modo que la hermana muerte no nos sorprenda «no preparados». El árbol, dice un proverbio, de la parte en que está pendiente, caerá. Y así es el hombre. Éste es, por lo tanto, el momento de reclamarle a la memoria la enseñanza de la parábola de las diez vírgenes. Es necesario tener aceite de reserva en la lámpara, esto es, alimentar la fe con las buenas obras y la oración, de modo que ante la venida de Cristo podamos también nosotros, como vírgenes sagradas, entrar con él a las bodas.

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **No perder la presencia de Dios**

Seguramente nos era a todos de sobra conocida esta parábola tan luminosa del Señor. Palabras muy comentadas, puesto que podemos extraer de ellas importantes consecuencias prácticas para nuestra vida. Convendrá, por eso, que las consideremos otra vez en nuestra oración personal, sin prisas y quizá con el solo evangelio como ayuda, encomendándonos al Paráclito, pues salta a la vista la divina enseñanza. Captaremos así nuevamente, pero con más luz, su contenido.

Ahora nos fijarnos tan sólo en la última de las frases: en la conclusión y en el resumen de esta enseñanza de nuestro Maestro: **Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora**, termina diciendo Jesús a los que le escuchan. Una enseñanza muy sabida por todos –podríamos pensar–, pero poco eficaz, sin embargo, para muchos. Conscientes, como somos, de que hoy mismo podríamos ser llamados por Dios, nos domina, no pocas veces, pensar que es poco probable y, por el momento, nos permitimos olvidarnos de Dios y vivir de espaldas a lo único que da sentido la vida del hombre.

Vivir hacia Dios, porque somos sus hijos muy amados, colma de dignidad nuestra existencia, nos da la mayor categoría que existe en este mundo. De ahí que suponga una pérdida sin igual oponerse a Dios o simplemente no actualizar de algún modo la tendencia a lo divino. Las vírgenes necias de la parábola incurrir en este defecto. Son como esas personas que, al confundir su felicidad particular –una tranquilidad que podríamos llamar privada o, a su modo– con el verdadero ideal de Dios y en Dios para ellos, pretenden una paz a base de ocuparse en sus intereses, o en sus caprichos, dejando de lado, a sabiendas, el querer de Dios. Dicen ser leales a Dios –se sienten cristianos– y, en su contradicción, se desentienden de Él en el día a día de modo consciente, y lo saben.

Únicamente preocupados de sí mismos, por la felicidad del momento y no por Dios, ponen su interés en ese instante inmediato de gozo privado, de autosatisfacción. Los demás momentos que es necesario esperar, en una espera activa –no inerte, no solamente soportando, como si nada hubiera que hacer salvo estar allí– carecerían de interés, porque no repercuten en inmediato deleite. No interesa tanto amar como gozar. Un gozo que puede, desde luego, impulsar al esfuerzo, animar al empeño en una espera paciente, pero considerados en sí mismos sin sentido, y que se soportan únicamente por ser condición inevitable para una satisfacción personal que compensa en el conjunto.

Por eso, el momento de la recompensa, ese instante final del premio prometido, se ve lleno de incertidumbre, y se tiene en la impresión de vivir en una especie de vacío, entre ahora y el instante valioso, el definitivo, el únicamente interesante –el del propio gozo–, que es el último de la vida. Es lógico que falte entonces la decisión de esperar activamente, con interés mientras se aguarda. Precisamente esto es lo que caracteriza a la espera activa de quien espera con sentido, movido a esperar por el interés de la espera misma. El amor es lo propio de quien quiere esperar.

La alegría plena y definitiva es una perfecta comunión de amor que Dios nos ha prometido con El. Como todo amor, reclama una donación mutua. Y ya que hemos recibido de Dios cuanto somos y tenemos, y concretamente la sin igual capacidad de conocerle y amarle, es necesario dirigir nuestra inteligencia y voluntad hacia Él, si queremos amarle como debemos. Si no, necesariamente acabamos empleando esos talentos o capacidades que nos configuran como personas –inteligencia y voluntad– en favor nuestro. No cumplen, entonces, su fin, pues pretendemos lograr con ellos una paz, fruto del egoísmo, que solamente existe en nuestra imaginación.

Sólo Dios, eterno, que no vive en el tiempo, conoce actualmente cuando será ese último día en el que debemos estar preparados necesariamente para nuestra salvación. Es posible, que si conociéramos que ese día, estaríamos, mientras tanto, dejándonos llevar por pensamientos egoístas y,



por ello, empequeñeciéndolo más y más nuestra categoría personal, al no pensar en Dios. Posiblemente, sí, satisfechos de ilusiones terrenas, de compensaciones materiales, que, además, contribuyen a no echar en falta la paz y la alegría que sólo Dios concede. Por el contrario, **quien a Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta**, concluye santa Teresa de Ávila.

No es suficiente sólo unas buenas disposiciones iniciales. Como las vírgenes necias, bastantes son muy conscientes de que un momento de su vida será el último: ese instante final con un premio o un castigo de Dios. Pero, como aquellas vírgenes fracasadas, no quieren pensar, sin embargo, que uno cualquiera de sus días, sin ellos saberlo y por más que no quieran, puede ser el último: sólo Dios es realmente libre y sabio en sentido absoluto. También, pues, por simple prudencia, por elemental sentido común, debemos concluir cada jornada tranquilos, dispuestos a recibir a nuestro Dios.

Así, cada nuevo día se presenta como otra oportunidad más para el amor. Entonces la espera es crecimiento en el amor. Así discurrió la existencia de Nuestra Señora. A Ella nos encomendamos para que nos haga descubrir las ocasiones de agradar a Dios que aparecen de continuo en nuestras jornadas.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))**

### **Al encuentro del Señor que viene**

El año litúrgico se encamina ya a su término y la palabra de Dios nos invita, este domingo, a dirigir la mirada de la fe hacia “las cosas últimas”. En una época, las llamábamos “los novísimos”; hoy preferimos hablar de escatología cristiana. Vienen a la mente aquellas palabras que Jesús pronunció hacia el final de su vida: *Levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación* (Lc. 21, 28).

Con la parábola de las diez jóvenes que van al encuentro del esposo, el Señor quiso esbozar la peripecia de sus discípulos en el mundo y el significado de su paso a través de la vida; quiso ayudarnos a responder aquella eterna e inquietante pregunta: ¿Hacia dónde vamos? Meditar sobre ella es como reflexionar sobre nuestro destino más verdadero, es como mirarnos en el espejo de la voluntad de Dios.

¿Qué es la vida a la luz de esta parábola evangélica? Es una espera activa. Una espera. Todo el bellissimo cuadro bosquejado por Jesús (el conocimiento de las costumbres nupciales de la época ayuda a entenderlo incluso en ciertos detalles oscuros) está dominado por este sentimiento de espera. Todo vive como en suspenso. Se sabe que el esposo vendrá (a llevarse a la esposa de su casa), y la totalidad de las cosas se ilumina con este pensamiento: los oídos están en la puerta y los ojos en la ventana; todos los discursos hablan de “él” y se espera que se eleve, de un momento a otro, el grito: *Ya viene el Esposo, salgan a su encuentro*.

Así es la vida en esta tierra, a la luz de la fe cristiana: una espera. El cristiano es quien – seguro de que un evento decisivo debe producirse un día para él– vive apoyando todas sus acciones en esta espera. Sin embargo, no se trata de una espera inerte, un esperar que pase el tiempo y basta, como hizo el servidor que enterró el talento recibido y esperó que volviera el señor. Para las jóvenes de la parábola, la espera está ocupada por dos preocupaciones: la de tener la lámpara encendida y la de ir al encuentro del esposo. Transferido a nuestra vida, eso significa vivir en la vigilancia y en la fidelidad.

Jesús habla a menudo de estos rasgos distintivos del verdadero discípulo. Compara al creyente con un “servidor fiel” dejado por su señor para custodiar la casa, que no se duerme, no saquea la despensa, no es prepotente con los otros servidores; al contrario, se mantiene despierto y listo para abrirle a su señor apenas vuelva a casa de la boda (cfr. Lc. 12, 35 ssq.). La proclamación del Evangelio convocó nuestra atención justamente hacia este requisito: *Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida* (Apoc. 2. 10).

¿Pero qué significa ser fiel? San Pablo lo explica a los primeros cristianos al decir: *No nos cansemos de hacer el bien, porque la cosecha llegará a su tiempo. Por lo tanto, mientras estemos a tiempo hagamos el bien a todos...* (Gál. 6, 9 sq.). Ser fieles a Dios significa, entonces, ser perseverantes, no abandonar el campo de batalla aun cuando la espera se prolongue y el compromiso se vuelva exigente.

Fidelidad y vigilancia; hay algo que hace que eso sea tan urgente: no se conoce la hora: Estén prevenidos, porque no saben el día ni la hora (Mt. 25, 13). No la sabían aquellas jóvenes y no la sabe ninguno de nosotros. No la sabían nuestros hermanos que hoy salieron en auto por los caminos de Italia y no volvieron a casa porque se encontraron con la muerte. Pensándolo bien, esto es lo más serio de la vida: sabemos “que” (debemos morir), pero no sabemos “cuándo”. Es un pensamiento que no deja alternativas, una verdadera espada de Damocles que cuelga sobre la cabeza de todos aquellos que están sentados en el banquete de la vida.

¿Pero qué significa en este punto el vigilar del cual habla con tanta insistencia el Evangelio? ¿Vivir conteniendo el aliento, pensando día y noche en la muerte, casi paralizados por esta idea? ¡Al contrario! Significa pensar en la vida y en cómo llenarla de contenidos; significa obrar, momento a momento, en conformidad con la voluntad de Dios, ¡pero obrar! Esto es lo que los Padres veían a menudo en el simbolismo de la lámpara encendida: la fe que se alimenta con las buenas acciones o – como dice san Pablo– *la fe que obra por medio del amor (Fides quae per caritatem operatur)*, (Gál. 5, 6). Viene a la mente el ejemplo de ciertos santos, a quienes la idea de la muerte cercana les duplicaba las energías y el celo con respecto a la caridad. San Francisco, ante la inminencia de su fin, tenía el coraje de decirles a los presentes: “Hermanos, comencemos a hacer el bien, porque hasta ahora hicimos poco”. Recordamos sobre todo aquella hermosa expresión del Señor: *Caminen mientras tengan la luz* (Jn. 12, 35), que es como decir: ir lo más adelante posible, a la espera de que la carrera se termine y alguien nos indique reposar.

Claro que esta vida de fe y de obrar evangélico no puede desvincularse de una cierta tensión del corazón hacia el más allá y de una expectación profunda con respecto al Esposo que debe venir. Quien se acomoda completamente en esta vida no espera nada más. En italiano, la palabra “attesa” (espera) deriva de la misma raíz que “attenzione” (atención): significa un tender a, un vivir con el alma tendida hacia algo. Alguna vez debemos, incluso literalmente, “levantar la cabeza”, mirar hacia lo alto. En una época en la cual todos hablan de “fidelidad a la tierra” y en la cual los cristianos se sienten tentados de adecuarse en masa, no estaría mal que alguno recuerde que también existe una “fidelidad al cielo” que debe ser preservada; una fidelidad, entre otras cosas, que no obstaculiza a la primera, sino que es para ella como la sal que le impide corromperse.

Sería muy triste que –como está sucediendo en algunos casos– el pensamiento profano y ateo fuera obligado a redescubrir por sí solo la urgencia del problema de la muerte; sería triste porque, por este camino, fuera del Evangelio, se descubriría solamente “lo absurdo” o, como mucho, “la majestad” de la muerte, pero no la esperanza total que ella esconde. El “servidor fiel” que espera a su señor debe ser también y necesariamente el profeta de esta espera, es decir, su testigo ante los hombres.

La liturgia no dejó de sugerirnos las palabras para expresar este anhelo: *Señor, tú eres mi Dios... mi alma tiene sed de ti*, nos hizo repetir en el salmo responsorial. Además, en la segunda lectura nos hizo escuchar las palabras de san Pablo que invitaba a los cristianos a mirar a la muerte sin pánico, pero sí con la serena certeza de un volver a unirse a Cristo: *No queremos, hermanos, que vivan en la ignorancia acerca de los que ya han muerto, para que no estén tristes como los otros, que no tienen esperanza. Porque nosotros creemos que Jesús murió y resucitó: de la misma manera, Dios llevará con Jesús a los que murieron con él... Consuélense mutuamente con estos pensamientos.*

A estas voces de las Escrituras quisiera agregar un episodio que permite captar vitalmente el sentimiento cristiano con respecto al más allá. Apoyados en el alféizar de una ventana en una casa de Ostia, una madre de nombre Mónica y su hijo de unos treinta años, de nombre Agustín, hablaban cierto día, a solas, con gran dulzura. Hablaban de aquella vida *que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar* (1 Cor 2, 9). Mientras hablaban así, era como si el mundo poco a poco se desvaneciera ante sus miradas. En el silencio profundo que siguió, por un instante, sus labios tocaron dulzura de la vida eterna. Al volver del éxtasis, la madre le dijo al hijo: “Este mundo ya no es objeto de deseo para mí; deseaba vivir sólo para verte cristiano y, ahora que Dios me lo concedió, ya no sé qué estoy haciendo aquí abajo”. Unos pocos días más tarde, mientras esperaban para embarcarse con destino a África, aquella madre enfermó gravemente de malaria. “Enterrarán aquí a su madre”, les dijo a los dos hijos presentes y, viéndolos conmocionados por el dolor ante el pensamiento de tener que dejarla lejos de la patria, agregó: “Nada está lejos de Dios y no hay ningún peligro de que él se olvide en qué lugar, al final de los tiempos, deberá venir a buscarme para hacerme resucitar. Sólo acuérdense de mí, en cualquier lugar donde se encuentren, frente al altar del Señor”. He aquí a una “virgen prudente” que el Señor encontró vigilante, esperando. A ella y a sus lágrimas de madre, toda la cristiandad le es deudora del gran Agustín que nos contó estas cosas (Conf X. 10, ssq.). Ella había seguido al hijo descarriado desde el África natal hasta aquí, Milán, como sombra de la gracia de Dios, hasta que lo restituyó, nuevo, a la Iglesia y a nosotros mismos, que tan a menudo nos iluminamos con su palabra.

Finalizamos nuestra reflexión de hoy fijando el momento con que concluye la parábola: las que estaban prontas entraron en la sala nupcial y la puerta fue cerrada. Es el momento que evocamos y anticipamos en cada una de nuestras Misas con las palabras: “Felices los invitados a la mesa del Señor”, es decir: *Felices los que han sido invitados al banquete de bodas del Cordero* (Apoc. 19. 9). Entonces, nosotros somos aquí y ahora aquellas cinco jóvenes prudentes que se sientan a la mesa con el esposo. Con fe y humildad, todos juntos confiamos un deseo a la generosidad de nuestro Dios: que todos nosotros, presentes en este banquete eucarístico, podamos volver a encontrarnos un día, reunidos en su Reino en el banquete eterno, y que ninguno quede fuera de aquella misteriosa puerta, allí donde hay *llanto y rechinar de dientes*.

---

## **BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

### ***Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II***

#### **Homilía en el Instituto eslavo de los Santos Cirilo y Metodio (8-XI-1981)**

##### **– Apóstoles eslavos**

La lectura del Antiguo Testamento que hemos escuchado hace poco recuerda la Sabiduría. La encuentran todos los que la aman y la buscan. Sale al encuentro de todos los que son dignos de ella y los busca (cfr. Sab 6,12.16). ¿Quién no pensaría inmediatamente en el joven Constantino (cfr. Vida

de Constantino III, 1-8), que eligió la Sabiduría como compañera de su vida? Se trata de la Sabiduría Divina, de Dios mismo. Dios pensó todo desde la eternidad, creó todo en el tiempo y gobierna todo incesantemente.

La parábola de las vírgenes sensatas y necias nos lleva a considerar la sabiduría vital del hombre que vela para estar preparado en todo momento al encuentro con Dios.

**– Comprender al hombre desde Dios**

“Cristo Redentor –he escrito en la encíclica “Redemptor hominis”– revela plenamente el hombre al propio hombre. Tal es... la dimensión humana del misterio de la redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad... El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo... debe con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser...” (n. 10).

**– Europa: ateísmo y necesidad de Cristo**

¡Europa tiene necesidad de Cristo! ¡Es preciso entrar en contacto con Él, apropiarse su mensaje, su amor, su vida, su perdón, sus certezas eternas y exaltantes! Es necesario comprender que la Iglesia querida y fundada por Él, tiene como finalidad única transmitir y garantizar la verdad que Él ha revelado, y mantener vivos y actuales los medios de salvación que ha instituido, es decir, los sacramentos y la oración.

Nos encontramos en una Europa en la que se hace cada vez más fuerte la tentación del ateísmo y del escepticismo; en la que arraiga una penosa incertidumbre moral, con la disgregación de la familia y la degeneración de las costumbres; en la que domina un peligroso conflicto de ideas y movimientos... El sentido cristiano del hombre, imagen de Dios, según la teología griega tan amada por Cirilo y Metodios profundizada por San Agustín, es la raíz de los pueblos de Europa y es necesario remitirse a ello con amor y buena voluntad para dar paz y serenidad a nuestra época: sólo así se descubre el sentido humano de la historia, que en realidad es “Historia de la salvación”.

\*\*\*

***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

La parábola que acabamos de escuchar es una llamada a enfocar nuestra vida como una preparación para un encuentro definitivo con Jesucristo, que no sabemos cuándo se producirá y que, por tanto, debemos aguardar con vigilante conciencia. “Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora”. Estas diez jóvenes representan a la humanidad que se compone de quienes viven pendientes de Dios y de sus indicaciones, y de quienes, lamentablemente, viven con la lámpara del aceite –la fe y el amor– apagada. La parábola se centra en la llegada del Señor: el momento de la muerte. Quienes están preparadas a la llegada del esposo entran en el banquete eterno, una fiesta preparada por el mismo Dios.

“Cuando lleguemos a la presencia de Dios, decía Newman, se nos preguntarán dos cosas: si estábamos en la Iglesia y si trabajábamos en la Iglesia. Todo lo demás no tiene valor. Si hemos sido ricos o pobres, si nos hemos ilustrado o no, si hemos sido dichosos o desgraciados, si hemos estado enfermos o sanos, si hemos tenido buen nombre o malo”. Si Jesucristo saliera hoy a nuestro encuentro ¿nos encontraría vigilantes, con las manos llenas de buenas obras? Debemos tener el valor de hacernos esta pregunta porque al abandonar el escenario de este mundo, entraremos en la gran fiesta del Reino de los Cielos o encontraremos cerradas las puertas para siempre.

Esta celebración podría ser un buen momento para detenernos a considerar qué sentido estamos imprimiendo a nuestros días, al trato con quienes nos rodean, al trabajo, al descanso, a fin de rectificar lo que en nuestra vida no está iluminado por la luz de las enseñanzas de Jesucristo. “Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor”. *El examen diario es el amigo que nos despierta cuando la laxitud del sueño nos vence. Es la garantía y la tranquilidad en nuestra obligada vigilia. Acudamos a él con valentía* (San Josemaría Escrivá).

Este examen de conciencia puede operar un cambio de rumbo si fuera necesario o aderezar la lámpara de la fe, la esperanza y el amor –como hicieron las vírgenes prudentes– que nos lleve a hacer una buena Confesión con el consiguiente propósito de enmendar el rumbo de nuestra vida cristiana.

“Velad”, dice Jesús. No es una tarea negativa que sitúe la lucha interior en la frontera del pecado, es un saber orientar todo hacia el Señor con el deseo de agradarle. “Vela con el corazón, dice S. Agustín, vela con la fe, con la caridad, con las obras... Adereza las lámparas procurando que no se apaguen; cébalas con el aceite de una conciencia recta... para que Él te introduzca en el festín, donde ya nunca se extinguirá tu lámpara” (Serm 94).

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

**«Volverá el Señor para abrir y cerrar la puerta del banquete de bodas»**

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Sb 6,13-17: «Encuentran la sabiduría los que la buscan»

Sal 63,2.3s.5s.7s.: «Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»

1Ts 4,12-18: «A los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con Él»

Mt 25,1-13: «Que llega el esposo, salid a recibirlo».

#### **II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO**

Los tres últimos Domingos de todos los ciclos miran fijamente al futuro definitivo. La esperanza de la salvación definitiva impregna todo el quehacer humano de sentido.

En la parábola de las vírgenes se contraponen la sabiduría (la sensatez) y la necesidad. Por la primera nos identificamos con la manera que Dios tiene de ver al hombre y al mundo. Por eso, la 1ª Lect. y el Salmo giran en torno a la búsqueda de la Sabiduría de Dios y de Dios mismo. Por la segunda, el hombre se deja conducir de sus propios puntos de vista. A la primera se le abren las puertas del banquete de bodas de Dios con la humanidad, a la segunda se le cierran.

Las vírgenes sensatas no manifiestan tanto un sentimiento de egoísmo, cuanto de reproche a sus compañeras por no haberse tomado en serio la espera del esposo.

#### **III. SITUACIÓN HUMANA**

Quien vive con un poco de sensatez, de sentido común, se interesa por acertar en la vida, en la valoración de los sucesos, en la visión de la realidad, en el desenlace final... Esto es lo que suele decirse tener una filosofía de la vida. El Evangelio nos da una teología de la vida. La diferencia estriba en que en el primer caso, el sujeto pensante es el hombre, y en el segundo, Dios para el hombre.

## IV. LA FE DE LA IGLESIA

### La fe

– Vivimos el entretiempos que media de la primera a la segunda venida del Señor. “El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio... pero es también un tiempo marcado todavía por la «tristeza»... y la prueba del mal... que afecta también a la Iglesia... e inaugura los combates de los últimos días... Es un tiempo de espera y de vigilia...” (672; cf 668-675).

### La respuesta

– La espera en vigilia: «Vigilia» es un término clásico del lenguaje cristiano para designar un tiempo largo dedicado a la oración en las horas de la noche. Tiempo de silencio exterior y de riqueza interior, porque es espera del Señor y todo se mira desde su próxima venida (sabiduría). Tiempo simbólico que remite a la venida del Señor en la muerte de cada uno y al fin de los tiempos: “En Jesús, «el Reino de Dios está próximo», llama a la... vigilancia. En la oración, el discípulo espera atento a Aquel que «es y que viene», en el recuerdo de su primera venida en la humildad de la carne, y en la esperanza de su segundo advenimiento en la gloria... En comunión con su Maestro, la oración de sus discípulos es un combate, y velando en la oración es como no se cae en la tentación...” (2612; cf 2849. 2699).

### El testimonio cristiano

– «Como no sabemos el día ni la hora es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra, mereceremos entrar con Él en la boda» (1036).

– La parábola de “«la viuda importuna» (cf Lc 18,1-8), está centrada en una de las cualidades de la oración: es necesario orar siempre, sin cansarse, con la paciencia de la fe. «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?»” (2613).

El retorno del Señor es gozoso: se compara a un banquete de bodas y, al mismo tiempo, abre un gran interrogante: decide la suerte eterna que cada uno se ha labrado durante la propia vida. El entretiempos actual es tiempo de oración vigilante. En su centro, la Plegaria eucarística y la comunión, vueltas a la venida del Señor.

---

## HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))

### Parábola de las diez vírgenes.

#### – Cristo es el *esposo* que llega.

I. La parábola que leemos en el Evangelio de la Misa<sup>4</sup> se refiere a una escena ya familiar al auditorio que escucha a Jesús, porque de una manera o de otra todos la habían presenciado o habían sido protagonistas del suceso. El Señor no se detiene, por este motivo, en explicaciones secundarias, conocidas por todos. Entre los hebreos, la mujer permanecía aún unos meses en la casa de sus padres después de celebrados los desposorios. Más tarde, el esposo se dirigía a la casa de la mujer, donde tenía lugar una segunda ceremonia, más festiva y solemne; desde allí se dirigían al nuevo hogar. En casa de la esposa, ésta esperaba al esposo acompañada por otras jóvenes no casadas. Cuando llegaba el esposo, las que habían acompañado a la novia, junto con los demás invitados, entraban con ellos y, cerradas las puertas, comenzaba la fiesta.

---

<sup>4</sup> Mt 25, 1-13.



La parábola, y la liturgia de la Misa de hoy, se centran en el esposo que llega a medianoche, en un momento inesperado, y en la disposición con que encuentra a quienes han de participar con él en el banquete de bodas. El esposo es Cristo, que llega a una hora desconocida; las vírgenes representan a toda la humanidad: unos se encontrarán vigilantes, con buenas obras; otros, descuidados, sin aceite. Lo anterior es la vida; lo posterior –la llegada del esposo y la fiesta de bodas–, la bienaventuranza compartida con Cristo<sup>5</sup>. La parábola se centra, pues, en el instante en que llega Dios para cada alma: el momento de la muerte. Después del juicio, unos entran con Él en la bienaventuranza eterna y otros quedan tras una puerta para siempre cerrada, que denota una situación definitiva, como Jesús había revelado también en otras ocasiones<sup>6</sup>. Ya el Antiguo Testamento señala, a propósito de la muerte: *Si un árbol cae al sur o al norte, permanece en el lugar en que ha caído*<sup>7</sup>. La muerte fija al alma para la eternidad en sus buenas o malas disposiciones.

Las diez vírgenes habían recibido un encargo de confianza: aguardar al esposo, que podía llegar de un momento a otro. Cinco de ellas fijaron todo su interés en lo importante, en la espera, y emplearon los medios necesarios para no fallar: las lámparas encendidas con el aceite necesario. Las otras cinco estuvieron quizá ajetreadas en otras cosas, pero se olvidaron de lo principal que tenían que hacer aquella tarde, o lo dejaron en segundo término. Para nosotros lo primero en la vida, lo verdaderamente importante, es entrar en el banquete de bodas que Dios mismo nos ha preparado. Todo lo demás es relativo y secundario: el éxito, la fama, la pobreza o la riqueza, la salud o la enfermedad... Todo eso será bueno si nos ayuda a mantener la lámpara encendida con una buena provisión de aceite, que son las buenas obras, especialmente la caridad.

No debemos olvidarnos de lo esencial, de lo que hace referencia al Señor, por lo secundario, que tiene menor importancia e incluso, en ocasiones, ninguna. Como solía decir el Venerable Josemaría Escrivá de Balaguer, “hay olvidos que no son falta de memoria, sino falta de amor”<sup>8</sup>; significan más bien descuido y tibieza, apegamiento a lo temporal y terreno, y desprecio, quizá no explícitamente formulado, de las cosas de Dios. “Cuando lleguemos a la presencia de Dios, se nos preguntarán dos cosas: si estábamos en la Iglesia y si trabajábamos en la Iglesia. Todo lo demás no tiene valor. Si hemos sido ricos o pobres, si nos hemos ilustrado o no, si hemos sido dichosos o desgraciados, si hemos estado enfermos o sanos, si hemos tenido buen nombre o malo”<sup>9</sup>. Examinemos en la presencia del Señor qué es realmente lo principal de nuestra vida en estos momentos. ¿Buscamos al Señor en todo lo que hacemos, o nos buscamos a nosotros mismos? Si Cristo viniera hoy a nuestro encuentro, ¿nos encontraría vigilantes, esperándole con las manos llenas de buenas obras?

### – El juicio particular.

#### II. *A medianoche se oyó la voz: ¡Ya está ahí el esposo! ¡Salid a su encuentro!*

Inmediatamente después de la muerte tendrá lugar el juicio llamado *particular*, en el que el alma, con una luz recibida de Dios, verá en un instante y con toda profundidad los méritos y las culpas de su vida en la tierra, sus obras buenas y sus pecados. ¡Qué alegría nos darán entonces las jaculatorias que hemos rezado al encontrar un Sagrario camino del trabajo, las genuflexiones – verdaderos actos de adoración y de amor ante Jesús presente en aquel Altar–, las horas de trabajo ofrecidas a Dios, la sonrisa que tanto nos costó la tarde en que nos hallábamos tan cansados, los

<sup>5</sup> Cfr. F. PRAT, *Jesucristo*, Jus, México 1946, vol. II, p. 241.

<sup>6</sup> Cfr. *Lc* 13, 25; *Mt* 7, 23.

<sup>7</sup> *Eccl* 11, 3.

<sup>8</sup> Cit. por F. SUAREZ, *Después*, p. 121.

<sup>9</sup> CARD. J. H. NEWMAN, *Sermón para el Domingo de Septuagésima: el juicio*.

esfuerzos por acercarse a este amigo al sacramento de la Confesión, las obras de misericordia, la ayuda económica y el tiempo empleado para sacar adelante aquella obra buena, la prontitud con que nos arrepentimos de nuestros pecados y flaquezas, la sinceridad en la Confesión... ¡Qué dolor por las veces que ofendimos a Dios, las horas de estudio o de trabajo que no merecieron llegar hasta el Señor, las oportunidades perdidas para hablar de Dios en aquella visita a unos amigos, en aquel viaje...! ¡Qué pena por tanta falta de generosidad y de correspondencia a la gracia!, ¡qué pena por tanta omisión!

Será Cristo quien nos juzgue. Él *ha sido constituido por Dios como juez de vivos y muertos*<sup>10</sup>. San Pablo recordaba esta verdad de fe a los primeros cristianos de Corinto: *Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, bueno o malo*<sup>11</sup>. Siendo fieles cada día en lo pequeño, utilizando las obras más corrientes para amar y servir a Cristo, no nos dará temor presentarnos ante Él; por el contrario, tendremos un inmenso gozo y mucha paz: “Será gran cosa a la hora de la muerte –escribía Santa Teresa de Jesús– ver que vamos a ser juzgadas por quien hemos amado sobre todas las cosas. Seguras podemos ir con el pleito de nuestras deudas. No será ir a tierra extraña, sino propia; pues es a la de quien tanto amamos y nos ama”<sup>12</sup>.

Inmediatamente después de la muerte, el alma entrará al banquete de bodas o se encontrará con las puertas cerradas para siempre. Los méritos o la falta de ellos (los pecados, las omisiones, las manchas que han quedado sin purificar...) son para las almas –enseña Santo Tomás de Aquino– lo que la ligereza y el peso para los cuerpos, que les hace ocupar inmediatamente su lugar propio<sup>13</sup>.

Meditemos hoy sobre el estado de nuestra alma y el sentido que le estamos dando a los días, al trabajo..., y repitamos, rectificando la intención de lo que no vaya según Dios, la oración que nos propone el *Salmo responsorial* de la Misa: *Mi alma está sedienta de Ti, Señor, Dios mío // Oh Dios, Tú eres mi Dios, por Ti madrugo, // mi alma está sedienta de Ti; mi carne tiene ansia de ti, // como tierra reseca, agostada, sin agua*<sup>14</sup>. Sé bien, Señor, que nada de lo que hago tiene sentido, si no me acerca a Ti.

**– Prepararnos cada día para el juicio: el examen de conciencia.**

**III.** “Hay olvidos que no son falta de memoria, sino falta de amor”. La persona que ama no se olvida de la persona amada. Cuando el Señor es lo primero no nos olvidamos de Él. Estamos entonces en actitud vigilante, no adormecidos, como nos pide Jesús al final de la parábola: *Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.*

Para disponernos a ese encuentro con el Señor y no experimentar sorpresas de última hora, debemos ir adquiriendo un conocimiento más profundo de nosotros mismos, ahora que es tiempo de merecimiento y de perdón. Porque *si entrásemos en cuenta con nosotros mismos* –escribe San Pablo a los de Corinto–, *ciertamente no seríamos juzgados*<sup>15</sup>: no se descubriría, con sorpresa, nada que ya antes no hubiésemos conocido y reparado. Para eso necesitamos *hacer bien el examen diario de conciencia*, que ponga ante nuestros ojos, con la luz divina, los motivos últimos de nuestros pensamientos, obras y palabras, y poder aplicar con prontitud los remedios oportunos. Cada día de

---

<sup>10</sup> Hech 10, 42.

<sup>11</sup> 2 Cor 5, 10.

<sup>12</sup> SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 40, 8.

<sup>13</sup> SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, Suppl., q. 69, a. 1.

<sup>14</sup> Salmo responsorial. *Sal* 62, 2.

<sup>15</sup> 1 Cor 11, 31.

nuestra vida es como una página en blanco que el Señor nos concede para escribir algo bello que perdure en la eternidad: “a veces recorro velozmente todas las hojas escritas y dejo volar también las páginas blancas, éstas sobre las cuales nada he escrito aún, porque todavía no ha llegado el momento. Y siempre, misteriosamente, se me quedan algunas entre las manos, esas mismas que no sé si llegaré a escribir, porque no sé cuándo me pondrá el Señor por última vez ese libro ante los ojos”<sup>16</sup>.

Nosotros no sabemos por cuánto tiempo aún podremos repasar, corregir y rectificar las páginas que ya hemos escrito, y cada noche nuestro examen de conciencia personal –valiente, sincero, delicado, profundo– nos servirá para pedir perdón por lo que en ese día no hemos hecho según el querer divino, y procuraremos encontrar los remedios para el futuro. Con frecuencia este examen diario nos permitirá preparar con hondura la Confesión. La consideración de las verdades eternas nos ayudará a que el examen sea sincero, sin engañarnos a nosotros mismos, sin ocultar o disimular lo que nos avergüenza o humilla nuestra soberbia y nuestra vanidad.

El examen de conciencia bien hecho en la presencia del Señor “te dará un gran conocimiento de ti mismo, y de tu carácter y de tu vida. Te enseñará a amar a Dios y a concretar en propósitos claros y eficaces el deseo de aprovechar bien tus días... Amigo, coge en tus manos el libro de tu vida y vuelve cada día sus páginas, para que no te sorprenda su lectura el día del juicio particular y no hayas de avergonzarte de su publicación el día del juicio universal”<sup>17</sup>. El Señor llama *nechas* a estas vírgenes que no supieron preparar su llegada. No hay una necesidad mayor.

Acudamos, al terminar este rato de oración, a Nuestra Señora, *Reina y Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra*, para que nos ayude a purificar nuestra vida y a llenarla de frutos. Acudamos también al Ángel Custodio, quien “nos acompaña siempre como testigo de mayor excepción. Él será quien, en tu juicio particular, recordará las delicadezas que hayas tenido con Nuestro Señor, a lo largo de tu vida. Más: cuando te sientas perdido por las terribles acusaciones del enemigo, tu Ángel presentará aquellas corazonadas íntimas –quizá olvidadas por ti mismo–, aquellas muestras de amor que hayas dedicado a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo.

***Por eso, no olvides nunca a tu Custodio, y ese Príncipe del Cielo no te abandonará ahora, ni en el momento decisivo***<sup>18</sup>.

---

**P. Ramón LOYOLA Paternina (Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

**«¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!»**

Hoy, se nos invita a reflexionar sobre el fin de la existencia; se trata de una advertencia del Buen Dios acerca de nuestro fin último; no juguemos, pues, con la vida. «El Reino de los Cielos será semejante a diez vírgenes, que, con su lámpara en la mano, salieron al encuentro del novio» (Mt 25,1). El final de cada persona dependerá del camino que se escoja; la muerte es consecuencia de la vida –prudente o necia– que se ha llevado en este mundo. Muchachas necias son las que han escuchado el mensaje de Jesús, pero no lo han llevado a la práctica. Muchachas prudentes son las que lo han traducido en su vida, por eso entran al banquete del Reino.

La parábola es una llamada de atención muy seria. «Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (Mt 25,13). No dejen que nunca se apague la lámpara de la fe, porque cualquier momento puede ser el último. El Reino está ya aquí. Enciendan las lámparas con el aceite de la fe, de la

---

<sup>16</sup> S. CANALS, *Ascética meditada*, p. 137.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>18</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVA, *Surco*, n. 693.

fraternidad y de la caridad mutua. Nuestros corazones, llenos de luz, nos permitirán vivir la auténtica alegría aquí y ahora. Los que viven a nuestro alrededor se verán también iluminados y conocerán el gozo de la presencia del Novio esperado. Jesús nos pide que nunca nos falte ese aceite en nuestras lámparas.

Por eso, cuando el Concilio Vaticano II, que escoge en la Biblia las imágenes de la Iglesia, se refiere a esta comparación del novio y la novia, y pronuncia estas palabras: «La Iglesia es también descrita como esposa inmaculada del Cordero inmaculado, a la que Cristo amó y se entregó por ella para santificarla, la unió consigo en pacto indisoluble e incesantemente la alimenta y la cuida. A ella, libre de toda mancha, la quiso unida a sí y sumisa por el amor y la fidelidad».

---